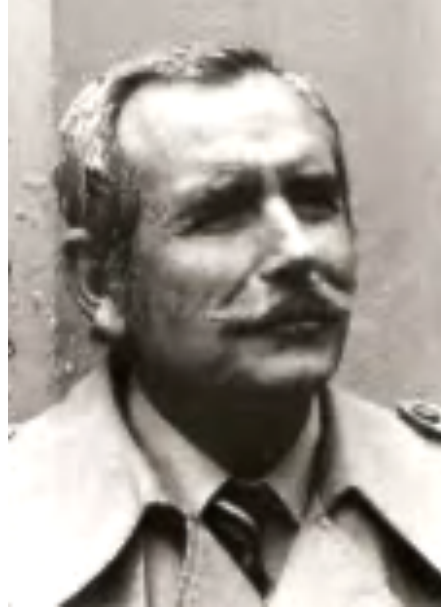


Los cuentos de topotones de Vicente Soto

Con 80 años cumplidos, que lleva con agilidad y lucidez, Vicente Soto sigue en la brecha, escribiendo novelas en su buhardilla de escritor, en Londres, donde vive desde hace casi cincuenta años. Pero pasa en Valencia los veranos, va y viene, sintiéndose siempre próximo y lejano, valenciano cuando está allá, londinense cuando está aquí. Emigrante por necesidad, trasterrado, exiliado en el aire, con tres idiomas y dos patrias, que es como no tener ninguna o tenerlas todas,



Vicente Soto se define como un *topotón*, como un personaje de sus cuentos, “que va por ahí, por la vida, sin anclar en ninguna parte, como algunas aves migratorias”. El Ayuntamiento de Valencia acaba de publicar una antología de sus cuentos seleccionados por el propio autor. Eduardo Alonso presenta aquí las claves de su narrativa.

TOPOS, TOPOTONES Y BUSCAVIDAS

Los personajes de los cuentos de Vicente Soto son buscavidas, pobres diablos, pacíficos pelagatos. [Pelagatos: “dícese del hombre mediocre e insignificante, sin posición social o económica”]. Son gente del montón, héroes sin gloria y sin hazañas que, sin embargo, tienen, uno por uno, una marca de identidad exclusiva. Como los define su creador, “jamás alcanzan otro papel que el de comparsa”, pero en su humildad viven vidas absolutamente fabulosas”. Lo fabuloso de Ginés el Cigarra, por ejemplo, un poco cantamañanas él, es que lleva una bala incrustada desde que hizo la guerra en la corva, como una guillotina que en cualquier momento puede desplazarse y caerle fatalmente... Es un anti Aquiles: su talón es vulnerable. La suya es no la espada, sino la bala de Damocles. “El Cigarra no es un hombre, es la vida”: todas las vidas llevan estuchada la bala letal, la bala del tiempo. Y todos los héroes de Soto son ex combatientes de una guerra real o cotidiana, heridos de desvivirse, de vejez, de melancolía, de vaga fatalidad.

¿Vidas humildes y fabulosas? ¿Qué fábula puede haber en la vida de un donnadie? La hay en la épica de lo cotidiano, en la maravilla de (sobre)vivir, en el prodigio de que un hombre se reconozca como es, o como pudo haber sido. Lo que el escritor hace es rescatar de la masa a esos tipos corrientes y revelar con mirada compasiva el detalle vital que dignifica sus vidas mediocres. Así los hace individuos, y los convierte en seres únicos entre el gentío que puebla la historia anónima y cotidiana. Ese es, quizá, el sentido último de su literatura: que nadie es nada, al contrario, el donnadie es alguien, más aún, es una experiencia irrepetible, un mundo irrepetible.

Algunos de esos personajes son unos zascandiles, van a la deriva, de aquí para allá. Tienen algo alobado, en el fondo son unos solitarios, aunque no estén solos, aunque reciban sin reservas el afecto de un hijo, de un amigo, de alguien que les quiere. Como en la copla de Machado

*tengo a mis amigos
en mi soledad,
cuando estoy con ellos,
qué lejos están.*

Es la soledad física de un viejo que tiene sólo la compañía de un pajarito, *Fa* (*Fa* se había llamado antes Paquita, su hija), o la soledad del jubilado que se asoma al abismo de la muerte (*Peter El jubilado...*), o la soledad del que mira hacia atrás, hacia lo vivido, transido de zozobra. Esos personajes, por ser en el fondo unos solitarios muy sentimentales, tienen una vivencia muy honda del paso del tiempo. Lo viven sin desgarró, sin *nausée*, perplejos más que angustiados, con añoranza más que temor. Todos son un pelín fatalistas, desengañados. A lo mejor es al revés, es la conciencia de pasar en el tiempo lo que los hace solitarios... en buena compañía (consigo mismos) y con un bazar de *souvenirs* acumulados en la memoria.

El protagonista de cualquiera de estos cuentos es, como se dice ahora, un individuo “marginal”, un “desplazado”. Pero, ¿al margen de qué?, ¿desplazado de dónde? Pues a lo alto y a lo ancho, en lo social y en lo territorial. Dicho en términos de lingüista erudito: su marginación es *diatrática* y su extravío *diatópico*, como los dialectos. Cada hombre es un dialecto de esa lengua que es la humanidad. Muchos de esos tipos forman la especie del *topotón*, que es “el que va por ahí, por la vida, sin anclar en ninguna

parte”. El propio Soto, que se fue de España en 1954 “porque aquí no salía adelante”, va para medio siglo que vive en Londres, “que ya son años” —ver *El verso maldito*, medio siglo allá y acá, de idas y venidas, sintiéndose valenciano en Londres, y londinense en Valencia, como un topotón, compinche y compañero —bella palabra: *companariu*, el que comparte el pan —de los personajes que pueblan sus cuentos: “Forzosamente me siento uno más entre los tipos que andan por lo que yo he escrito”, ha confesado.

Si el autor se identifica en lo esencial, no en lo anecdótico, con los personajes de su literatura, es que ésta surge de un encargo íntimo, brota de vivencias personales. Algunos relatos, incluso, como *Topotón* y *El verso maldito* contienen ricas referencias autobiográficas. La más importante es la conciencia de desposesión en el tiempo, a veces de la patria, de la lengua propia, de lo ya vivido. Otra es la solidaridad con la gente humilde, en todos los sentidos de la palabra humilde: sin nobleza, sin vanidad, sumiso, que vive con modestia, que tiene la virtud —palabra hoy en desuso— de conocer sus limitaciones y debilidades. A veces la sociología es de pordioseros —por-Dioseros— en estos tiempo poco propicios para pedir por Dios: en *Nana para viejos* se toca fondo: bajo un puente bulle un grupo



de mendigos galdosianos, cofrades de la gusanera mendicante de *Misericordia* (Benina, Almudena... son aquí Flora, Genaro), que protagonizan coralmente la más hermosa y evangélica de las bienaventuranzas.

Otros personajes de estos cuentos son los descolocados, los que están fuera de lugar, *outsiders*, el-que-fue-a-Sevilla-y-perdió-la-silla, desplazados de la infancia, de su casa. de su país. Es el caso de la filipina Tamahra —*La bala*—, el antillano Samuel en Londres, charlando con un chucho callejero, y su chica Johanna —*Que no cante Mamma Rosie*—, y Eduardo, topotón a tope, que regresa a Madrid a la *recherche* de los lugares perdidos y a la sombra de los recuerdos en flor, y Mariano, el escritor valenciano de *El verso maldito* que ha perdido una guerra... ¿quién será, será?... (La guerra es un episodio presente o aludido en varios cuentos.) Hay topotones inmóviles, que se desplazan en la fantasía, como el de *Exiliado en el aire*, dramática historia de un *topo* superviviente de la guerra civil española, pintor de cuadros en blanco, admirados como en el cuento medieval del vendedor de paños invisibles sólo por su familia y amigos, que vive enclaustrado en una buhardilla próxima a la plaza Redonda, en el barrio valenciano donde nació y pasó su niñez el autor. El topo es otro excombatiente. A los veinte años Vicente Soto ya había perdido una guerra: había combatido de soldado raso en Madrid, por el Pardo. “El peso de una derrota es eterno”, ha dicho. Muchas experiencias vitales del autor se filtran y prenden en argumentos ficticios para expresar su visión de la vida, la hechura de vivir, la “vividura”, que decía Américo Castro.

Pero no se trata sólo del drama sentimental de los descolocados, transterrados, zascandiles o tipos de culo

inquieto. Algunos de esos individuos se ofuscan y esponjan al verse desplazados en el tiempo. Después de treinta y cinco años de trabajo rutinario Peter vive su primer día de jubilado en casa con un reloj de plata que le ha regalado el jefe en su despedida laboral, pero se hace temerario topotón en el tráfico de la ciudad, un ulises en vespa por el mediterráneo londinense —*El jubilado, su hijo y la Vespa*—. Gines, Peter: uno con la bala de Damocles y otro en moto, ¿a dónde el camino irá? Nuestras vidas son las vespas que van a dar a la mar... El espacio es depositario del tiempo que pasa, y por eso los topotones son gentes que guadianean y flotan entre el ayer y el hoy, por los calendarios de la memoria, para constatar su extravío.

La vida, tal como se presenta en la literatura de Vicente Soto, es un camino de desposesión. El hombre de hoy es el niño que fue, pero aquella niñez, ay, no está en el hombre de hoy. ¿El mismo cauce, con distinta agua? En esa dimensión temporal construyó Soto su primera novela, *La zancada*, premio Nadal en 1966. En *el verso maldito* se puede apreciar con emoción la clave vital y literaria de Vicente Soto, que con tanta eficacia aparecía ya signada en aquella anécdota del niño que ve cómo descuelgan de un balcón a la calle un ataúd que no cabía por la escalera, al tiempo que alguien le da un empujón y se le escapa el globo rojo que tenía en las manos.

*Y el globo se me escapó. Subiendo y el ataúd bajando.
Yo me quedé tan desamparado que ni lo sé decir.*

Muchos años después, a la intemperie, la profecía se cumple: aquel niño se desploma en una acera londinense entre una alegre bandada de escolares que pasan con sus globos. Bala, vespa, globo. El niño Marianet y el

cincuentón Mariano, dos en uno, son la muestra de esa visión literaria de Soto de que vivir es un deslizamiento melancólico, una paulatina desposesión en el tiempo. Aunque algún personaje regrese al lugar de partida, al lugar de origen, al ámbito infantil y nutricional, siente que no hay vuelta de hoja, que nadie se baña dos veces en el mismo instante, que vivir es ir a la deriva, demediados entre el ayer y el hoy, levitando en la añoranza y abocados con estupor al sumidero de la vida, a la “escurridera” del vivir.

Pero es precisamente al reconocer el personaje su desamparo y su deslizamiento vital cuando capta en toda su plenitud su conciencia de ser. Ese conocimiento, quizá súbito, es la clave del cuento. Esa revelación es la meollo de la historia. Al fin el buscavidas descubre su verdad, una verdad entrañable, intransferible, la que sostiene su vida, hecha de cosas menudas, paisajes que forman parte del tiempo vivido y por tanto de la propia persona, quincalla querida, fracasos, decepciones: entrañables pérdidas. Esta verdad no es una ideología del mundo, una vocación, un proyecto doctrinal, un plan filosófico ni otras zarandajas intelectuales o profesionales, sino una escaramuza sentimental, una verdad íntima que se asocia simbólicamente a un objeto: el globo, la tiza del idiota Ralph, la bala, la carta de cumpleaños, un cuadro... Esta verdad es el sentido singular de los muchos que tiene la vida. Porque la vida tiene muchos sentidos, es bastante incomprensible, azar haylo, y hasta el más correveidile es un personaje con su misterio y por tanto un ser muy valioso. La literatura sincera trata de reducir la maraña de sentidos a uno que los contenga todos. Es un bello embuste, y por esa razón se escribe. Soto deja claro que la vida no es literatura, pero la literatura da fe de ella, la ilumina un poco, la hace más lúcida y sensata:

“Por razones literarias, es decir, vitales, que trascienden la política (y que, sin embargo, cada vez más han de entrañar una actitud política): por necesidad de dar un sentido único a lo que, siendo indispensable para la literatura, es decir, la vida, tiene demasiados sentidos, y por tanto, no es literatura” (El verso maldito).

CONFIDENCIA SENTIMENTAL

La literatura de Soto es efusiva y confidencial. Lo que le pasa al pobre diablo del relato —pobres, buenas personas en el buen sentido machadiano de la palabra— se cuenta como un susurro emocionante. Hay una voz que empieza a narrar y de pronto se hace soliloquio, monólogo interior, cálido fluir de la conciencia. Esta voz interior brota, mejor: hierve entrecortada, mana sentimiento desvalido, y tierno, o lleno de añoranza —*ubi sunt?*—, o tristán, o aturdido. Nunca es una manifestación neutra o apática. La evocación del pasado, como en Cernuda —“aquel fui, aquel fui, aquel he sido”—, se tiñe de añoranza pesadora porque, como sentía el autor de *La realidad y el deseo*

*extraño es, si ese recuerdo busco
que tanto, tanto duela en el cuerpo de hoy.*

El relato es como una voz estéreo, una confidencia orquestada con diálogos, primera y tercera persona, todo enmarañado, en la que el sentimiento grave —el sollozo de pesar—, se atenúa y entrevera de sonidos delicados, de palabras y expresiones repetidas para intensificar la emoción de lo efímero y lo pequeño. Mecachis con las palabras. ¡Cómo resuenan de emoción para el que vive inmerso en otra lengua ajena y tardía! Abundan los diminutivos, las onomatopeyas, las jitanjáforas, los juegos lingüísticos, las

locuciones coloquiales que el escritor, desplazado de idioma, recobra como un sonajero maravilloso de la infancia, de la lengua natal, diría yo, aquel castellano y valenciano que el escritor oía hablar en el *mercat* y en el *carrer*, lenguas en los que reconoce lo que fue y ya no es, lo que pudo ser y no será. Así, el escritor se instala y arropa en la lengua maternal y nutricia, porque para un escritor la lengua es una patria (Wittgenstein *dixit*), la madre, la *mare* protectora. La vida, ya dije, se presenta en estas historias como una desposesión en el tiempo. Pero quien marca ese transcurso no es el reloj, sino el corazón. El corazón es un cronómetro, pero sus latidos tienen otra dimensión. El tiempo del corazón no es lineal, va y viene, evoca y sueña, se sofoca, alborota los pulsos, ordena con capricho los sucesos vividos, hace inmenso el presente, adelanta la hora fatal, en fin, anda con los pulsos despendolados y en carne viva.

Al contar una vida a partir de una ebullición sentimental, al hacer del relato un parloteo de una conciencia abierta en canal, la anécdota no es lineal. A los lectores de ahora, del año dos mil, avezados a una literatura de frases canónicas, historias rectilíneas y ausencia de riesgos estilísticos, les puede sorprender el “experimentalismo” de estas páginas. El experimentalismo en literatura y el barroquismo, si no son desafueros juveniles para disimular la inseguridad y la falta de oficio, suelen ser producto de la vanidad del escritor o de la vanidad de época, es decir, de una sobrestima infundada del yo o del optimismo histórico. No es este el caso, porque salvo *Cuentos humildes*, *vidas humildes*, cuyo estilo tiene excesos propios del escritor joven y primerizo, Soto es un escritor tardío, y nadie más incapaz de llamar la atención con aspavientos

vanidosos que él, que, como en viejo el romance, parece decirnos aquello de que “yo no digo mi canción sino a quien conmigo va”. La mezcla de voces narrativas, la ruptura de la norma sintáctica, los juegos de palabras, la ancha libertad de escribir *my way*... son el resultado de una comunicación confidencial, atenuada, primorosa. En lo pequeño, en lo cotidiano, en los detallitos está la estela emocionante de la vida. Los cuentos de Soto tienen, pues, esa condición poética.

ESTA ANTOLOGÍA

La selección la ha hecho el autor. Los últimos cuentos de este volumen —sacados de *Cuentos humildes, vidas humildes*, 1948— fueron los primeros que escribió. En ellos ya se apunta la preferencia por las historias de personajes humildes y la mirada solidaria. Soto justifica y excusa su inclusión porque tienen valor biográfico, porque representan “bandazos del personaje que era yo ya en ciernes”, y porque aquellos relatos juveniles de estilo viejo y anticuado dan idea de lo que la “tarea de escribir me ha ido rejuveneciendo”.

Los diez primeros relatos, algunos de cierta extensión, proceden de los tres libros de cuentos publicados: *Casi-cuentos de Londres*, 1973, *Cuentos del tiempo de nunca acabar*, 1977, y *Pasos de nadie*, 1991. Luego hay lo que Soto llama *instantáneas*, publicadas como *artículos* a principios de los 90 en el reaparecido diario *El Sol*. En una nota aclaratoria que me envía, me advierte que “digo artículos porque siempre intenté escribirlos tocando alguna nota de actualidad que les diese cierto carácter periodístico, pero en bastantes casos se me convirtieron en algo mucho más parecido al cuento que al artículo”. Y, en efecto, quedan trasmutados por la verdad de la ficción.

A mí me parece que el cuento es a una novela lo que un gato a tigre, o sea, lo mismo, no más que diferente, y esa diferencia no sólo es de proporción. Un cuento es una instantánea, un *flash*, decía Cortázar, una imagen completa. No es fácil escribirlos bien. Tampoco es fácil ser un buen lector de cuentos. En España las editoriales son reacias a publicar libros de cuentos, y si eso hacen será, sin duda, porque se venden poco. Un cuento requiere un lector animoso, porque empezar a leerlo supone el mismo esfuerzo que una novela, quizá mayor, puesto que desde el comienzo al final no hay respiro, no hay vacíos. Y cuando ya estás atrapado, se termina. Y vuelta a empezar. Los cuentos de Soto, por su tonalidad lírica, requieren la misma disposición lectora que la de un poema, porque son emocionantes y sugerentes. Crean ambientes y sugieren mucho sin necesidad de prolijas descripciones y datos del contexto histórico.

Hay que agradecer al Ayuntamiento de Valencia la edición de esta antología de cuentos —elogiados por la crítica en su día y estimados por muchos lectores— porque los rescata del olvido editorial y nos permite tener acá, entre nosotros, a su autor, pese a estar allá, en Londres, de modo que siga yendo y viniendo una vez más, libremente, ofreciéndonos su mensaje de solidaridad con los gentes humildes, y el tierno y pesaroso sentimiento de los topotones.

1

¹ Este texto es el prólogo a *Cuentos de Acá y de Allá*, antología de relatos que edité para una edición el Ayuntamiento de Valencia en 2000. Recoge algunas opiniones y confidencias de conversaciones.